

siempre con los auxilios de su gracia, sin los cuales jamás pudieramos hacer ni una sola obra buena, y meritoria de la vida eterna. Debemos esperar de su infinita misericordia, que nos ha de perdonar nuestras culpas. Y en fin debemos esperar, que todo, todo quanto es necesario de parte de Dios para salvarnos, todo lo tenemos pronto, apercebido, facil, y que si quedáre perdida nuestra esperanza, por nosotros quedará, no por Dios: *Perditio tua ex te Israel, tantummodo in me auxilium tuum.* (Ossee)

Luego podemos esperar de Dios la salud, la vida, la hacienda, y los demás bienes temporales? (D. Thom. 2. 2. q. 17. art. 2. ad 3.) Respondo, que si los esperamos en orden à servir con ellos à Dios, en orden à evitar en todo sus ofensas, à aucaudar con ellos para el Cielo mas meritos, no solo podemos, sino que así debemos esperarlos, y ese será acto virtuoso de esperanza sobrenatural. Pues, Padre, si la Esperanza es Virtud Theologal, y se llama así, porque toda su mira es en Dios, porque solo Dios es su objeto: ¿cómo ya la Esperanza mira tambien por objeto las cosas criadas, y aun las temporales, y caducas? ¡Fuerte argumento! ¿No digo yo, que ya están Theólogos? Pero respondo, que todas las cosas que no son Dios, las espera nuestra Esperanza en orden à llegar à vér à Dios, que esta es su principal mira, este es su principal objeto. Espera todas esas cosas la Esperanza, mas no pára en ellas las mira solo como medios encaminados à conseguir su fin ultimo, que es Dios; y así solo Dios es su mira, porque todas las otras cosas no la divierten, antes la llevan à gozar su fin ultimo: *Ubi est unum propter aliud, ibi unum tantum*, dicen los Filósofos: quando una cosa se ordena à otra, aquella no se mira como distinta. ¡Oh, Dios! Quien así espera, siempre logra; no puede quedar burlado, quien así se asegura. Bien podrá algun tiempo afligir, ò la necesidad, ò el aprieto, mas no faltará al mejor tiempo el socorro.

Cuenta Francioto, de quien lo refiere Rómulo Marcheli, (Rómul. March. *Quaresm. de 4.*) que en la Ciudad de Nápoles, no muchos tiempos há, hubo un Caballero, que teniendo de su muger una sola hija, tuvo de la fortuna mucha hacienda; pero entregado al pernicioso vicio del juego, sucedióle lo que à todos estos desventurados, que arruinandole de un dia en otro, llegó à no tener ya nada que jugar, y à cargarle de mas deudas, quanto mas iba olvidando sus obligaciones. Llegó la de la muerte, que como tan executiva, no les valen para ella, ni plazos, ni trampas, à los que de trampas viven. Murió éste sin testar, porque no havia de que, y porque sin formar testamento, le dexó à la triste muger, y à la desdichada hija una copiosa herencia de miserias, que aumentando cada dia, vino à dexarlas sin tener que comer en pocos meses. La hija, ya en edad de marido, si parecia Angel en lo cabal de su hermosura, Angel era en lo puro de su inocencia. Desamparó, y pobreza con mucha hermosura, qué tengo ya que decir de los combates que le hacian las

ofertas por lo pobre, los atrevimientos por lo folo, y los galanteos por lo hermoso? Pero su honestidad, firme siempre à quantos la combatian, se determinó firme à dár primero à los filos del hierro la vida, que al precio del oro la pureza. Pero, ¡oh, Dios! que la que mas debiera zelarla, era ya la que mas torpe, quanto mas eficazmente la combatía. ¿Quién tal pensará? Su madre: Muchas no solo lo piensan, sino que lo hacen. Su madre era la que refinando en llamas del Infierno su lengua, con repetidas instancias la exortaba à que entregada à la culpa por un vil sustento, hiciese de su cuerpo la mas infame finca de su deshonra. Esperemos en Dios, le respondia la inocente doncella, que mas seguras son que los Cielos sus palabras: y si por nuestras culpas no quisiere su Magestad acudirnos, primero la muerte me librárá de estas desdichas, que yo les busque el alivio por el medio de sus ofensas. Vendase lo que nos queda, con tal, que quede la honra por alhaja, y por caudal principal el alma. Acudió, pues, la madre à ir vendiendo quanto en casa quedaba: mas no cesando el gasto con los dias, llegó presto à consumirse de todas sus alhajas el precio. ¡Ah, padre vil! exclámo yo aquí: si quando brujuleabas el naype, brujuleáras esto! Renovaronse de la madre à la desdichada hija las lagrimas, los clamores, y los afaltos. ¿Que siendo tan facil (le decia) que vivamos con abundancia, quieras por tu capricho, que así nos consumamos entre miserias? Acaba ya: que tu remedio, y el mio está puesto en tu gusto. En mi tormento está puesto; (respondia ella) y pues ya no nos ha quedado sino la cama, vendase ésta, que en la dureza del desnudo suelo quiero mas aína, que me sirva de tormento el descanso, antes que á costa de la honestidad adormezcan la razon las delicias de Venus. Vendióse la cama, consumióse el precio, y volvió la necesidad, y la batalla; pero para vencerla, las mejores armas que aquella honesta doncella cogió, fue, quedarle del todo desnuda: entrególe à la madre sus vestidos todos à que los vendiera, sin quedarle mas que con una sola camisa. ¡Quántas están tan lexos de vender los vestidos, que por un solo vestido se venden à sí mismas! Pero bien presto, no cesando el gasto, se les acabó este socorro. Veamos ahora (le dice la madre) ¿qué te queda que vender, si no te vendes à tí misma? Ahora lo verás, le responde, y cogiendo unas tixeras, descoge la bellísima cabelleira; proporcionado adorno, que puso la naturaleza à su hermosura: vala cortando toda. ¡Ah, Absalón! ¿Quándo llegaron à tener tanto precio tus cabellos? Entregóselos à la madre, toma, y vendelos, que con ellos primero entregaré la cabeza, que la honestidad. ¡Oh, doncella prodigiosa, ahora sin el adorno mas bella! sin el cabello quisiste parecer esclava, y te hiciste mejor de todas tus miserias Reyna; cortastes la melena al infausto cometa de tus desdichas, y con tus cabellos cortados, asistes la fortuna por la melena: y si un cabello solo de los justos no quiere Christo que perezca, ¿quán-

¿quántos serán los meritos, que se han de contar por tus cabellos? Sale la madre à vender su cabelleira, y à no muchos pasos que dió, encuéntrase con el Príncipe, y la Princesa de Concha, arrebatados los ojos, y aun quizá el corazón aquel cabello. ¿Qué hermoso pelo! Qué hermoso! Trae, muger, trae, y queriendo al punto comprarlo, solo le preguntan, si es acaso de algun difunto? La madre entonces, soltando la respuesta à sus lagrimas: Pluguiera à Dios, Señor, (le responde) y fuera ya difunta su dueño, para no vér tantas desdichas. Viva está la que es dueño de ese cabello, y la que ya no le quedan para vivir mas esperanzas, que lo que me podeis dár por esta cabelleira. Refirióles entonces toda la série de sus desdichas, y concluyó diciendo: Venid conmigo, Señores, y veréis el dueño hermoso, que por no desnudarse de su honestidad, hasta de ese adorno que le dió la naturaleza, está desnuda. Movidos aquellos Príncipes à piedad, vienen con ella, llegan à su casilla, y hallan aquella dichosa doncella, que afida à los pies de un Crucifixo, con su total desnudez, le representaba sus miserias, mas que con sus lagrimas. Moviólas en aquellos Señores al verla, y al punto, al punto adornandola con decencia, la entraron en su coche, llevaronla à su Palacio, y haviendola tenido algun tiempo cuidada, y servida, dándole un muy copioso dote, le dieron por marido un muy principal Caballero. ¡Oh, Dios infinitamente misericordioso! ¿Quién habrá que en tus manos no ponga para lograr seguras todas sus esperanzas? Quién esperó en tí, que quedáse engañado? Y si aun en este valle de miserias, así las sabes todas convertir en dichas; ¿cómo allá no las convertirás en glorias?

PLATICA XVIII.

DE LA SEGURIDAD, Y FIRMEZA de la Esperanza en Dios.

A 17. de Agosto de 1690.

UNA cosa singular, grande, prodigiosa te quiero enseñar, mi Lucilo, (le decia à aquel su Discipulo, Seneca) y es, que juntas con la mayor debilidad la mas constante fortaleza, lo mas deleznable, y fragil con lo mas seguro, y firme. Quiero decir, que con la flaqueza de hombre has de tener la seguridad tan firme como si fueras Dios: *Ecce res magna, habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* (Senec. Epist. 53.) Cosa grande, no hay duda, que un hombre, padeciendo de su humana naturaleza lo fragil, al mismo tiempo goce tanta seguridad como si fuera Dios. Cosa grande, vuelvo à decir, y que con razon le merece toda su admiracion à Seneca: *Ecce res magna.* Pero esa junta prodigiosa, cómo se puede conseguir? Cómo puede ser, que un hombre por su naturaleza inconstante, por su vivir caduco,

por sus fuerzas débil, y por todo su sér deleznable, à todo esto junte luego la fortaleza, la constancia, y la seguridad de Dios? *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei.* Seneca se queda solo en palabras; pero Isaías nos la enseña clara, y patente à la luz de eternas verdades. ¿Saben cómo puede ser esta junta? dice el Profeta: solo cómo que ponga en Dios fixa, y estable su esperanza: (*Isai. cap. 40. v. 31.*) *Qui esperant in Domino mutabunt fortitudinem.* Los que esperan en Dios, mudarán su fortaleza. ¿La mudarán? Sí, porque entregando ellos en manos de Dios toda su debilidad humana, el mismo Dios les paga con darles toda su fortaleza Divina. Y he aquí un hombre, que por sí deleznable, y sin fuerzas, puesto todo en las manos de Dios con la esperanza, todo lo puede en Dios, todo lo alcanza con remedio de la Omnipotencia. ¡Ah, si supieras quantas son las fuerzas que tiene la esperanza en Dios, solía repetir mucho mi Padre San Ignacio! Esta es la que sin miedo reta à todo el Infierno: esta es la que con denuedo desprecia todo el mundo: esta la que poderosa escala los Cielos. Vengan enemigos à exercitos, decía David, que si tengo à Dios à mi lado; no conozco el miedo: (*Psf. 26.*) *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum.* Levanten se montes de dificultades, y de peligros, decía San Pablo: (*Ad Phil. 4.*) que si tengo à Dios que me ayude todo, todo lo puedo: *Omnia possum in eo qui me confortat.* Luevan sobre mi trabajos, decía Job, vengan pérdidas, enfermedades; y si pueden multiplicarse, muertes, que si yo tengo à Dios fixo en mi esperanza, nada, nada siento: *Etiamsi occiderit me, in ipso sperabo.* Esta fue la fortaleza invencible de mas de once millones de Santos Martyres, la Esperanza. Esta fue la constancia de tantas tiernas, y delicadissimas Virgines, la Esperanza. Esta fue la firmeza de tantos Anacoretas encastados, solitarios, y penitentes, la Esperanza. Y esta en fin ha sido la inefable seguridad de todos los Santos, la Esperanza. He aquí, pues, aquella junta prodigiosa: con la debilidad de hombre la firmeza, y la seguridad de Dios: *Habere imbecillitatem hominis, securitatem Dei;* que esa junta es la que sabe hacer la verdadera, y sobrenatural esperanza, dice Isaías: *Speret in nomine Domini, & inimitatur super Deum suum.* (*Isai. 40.*)

Pues à toda esta divina seguridad nos conviada el Catecismo con esta pregunta: *¿La esperanza qué enseña?* R. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* Vimos ya, Fieles, que el bien que esperamos, es un bien, en la posesion, del todo seguro; en la duracion, eterno; en su valor, y precio, infinito; en sus gozos, y deleytes, inmenso. ¿Pero qué hacemos (me podria decir alguno) con qué ese bien sea tanto, si quererlo alcanzar nosotros, es lo mismo que querer coger el Cielo con las manos? Si nuestras fuerzas son tan pocas, cómo lo alcanzaremos? Ya nos lo dice el Catecismo: lo hemos de alcanzar por mano de Dios; Dios es quien nos lo ha de dár, à cuya mano poderosa, ni hay

hay dificultad que embarrace, ni hay imposible que se oponga. Pues por eso esperamos en Dios como en poder infinito. Ya veo esto, Padre, y lo confieso; pero solo pregunto, ¿por qué el Catecismo ha de poner por razon de nuestra esperanza el poder infinito de Dios? Si dixera, que esperamos en Dios como en un amor infinito, que razon mas fuerte? Porque no hay cosa, que mas aliente la esperanza, que saber que aquel, de quien esperamos nos tiene grande amor. Pues si Dios desde la eternidad infinitamente nos ama: *In charitate perpetua dilexi te*: Si nos amó tanto, que nos dió à su mismo Hijo, y nos envió al Espiritu Santo por Maestro: ¿quién no tendrá la esperanza muy segura de que le dará la Gloria quien le ama tanto? Es argumento de San Pablo: *Qui etiam filio suo non pepercit, sed pro nobis omnibus tradidit illum: quo modo non etiam cum illo omnia nobis donabit?* Mas: ¿Por qué no diria, que esperamos en Dios como en liberalidad infinita? Que quien nos dió todo este mundo con todas sus criaturas para nuestro servicio; quien no cesa de estarnos dando con la vida el sustento; quien nos envia hasta los mismos Angeles que nos sirven; y quien no dexa de estarnos asistiendo, y ayudando con sus auxilios, ¿qué mas fuerte razon para que en su liberalidad esperemos, que nos dará tambien la Gloria? Es argumento de David: *Filii autem hominum in regimine alarum tuarum sperabunt: inebriabuntur ab ubertate domus tua.* (Ps. 35.) ¿Mas por qué no diria, que esperamos en Dios como en una verdad infinita? Porque si están llenas todas las Divinas Escrituras de promesas benignísimas, con que este Padre amoroso nos asegura, que nos dará la Gloria: ¿qué mayor aliento para esperarla, que saber que primero dexaría de ser Dios, que faltar à la verdad de su palabra? *Et quae procedunt de labiis meis non faciam irrita.* Es argumento de mi Padre S. Pedro: (Pet. c. 3. v. 13.) *Novos vero Caelos secundum promissa ipsius expectamus, in quibus iustitia habitat.* Mas, mas: ¿Por qué no ha de decir, que esperemos en Dios como en una misericordia infinita? Que quien en medio de todas nuestras culpas, ingratitudes, y ruindades, no solo nos espera con el perdon, sino que nos llama, nos solicita, nos busca: ¿qué mayor aliento para nuestra esperanza, que nos dará la Gloria quien nos dió en una Cruz su vida, quien nos dió su Cuerpo, quien nos dió su Sangre? Es poderoso argumento de San Pablo: *Spes non confundit.* Y dá la razon luego: *Ut quid enim Christus cum adhuc infirmi essemus secundum tempus pro impiis mortuus est?* (Ad Rom. 5.) Pues si es Dios tan infinitamente amoroso, tan liberal, tan seguro en sus promesas, y tan inmenso en sus misericordias, motivos todos fortísimos para alentar nuestra esperanza: ¿por qué el Catecismo nos ha de señalar solo por razon de nuestra esperanza su poder infinito? *Que esperemos en Dios como en poder infinito.*

Buen argumento, aun mas por lo que arguye de piedad, que por lo que tiene de fuerza: guar-

dadlo en la memoria para continuo aliento de nuestra esperanza, y oídme ahora la respuesta con que me dexéis apuntar un exemplo. Visitó el Emperador Carlos V. à un gran Privado suyo, que estaba à la muerte; daba éste grandes suspiros, y movido de lo que le estimaba el Emperador: Mirad, le dice; si quereis algo, sea lo que fuere, que aquí quedo yo. Señor, le respondió el enfermo, que V. Magestad me alargue la vida siquiera por una hora. ¡Oh, que eso no está en mi mano; pedidme cosa que yo pueda. Entonces el enfermo, embolviendo entre follozos estos verdaderos desengaños, se volvió à la pared diciendo: ¡Ah, si yo viviera, cómo havia de servir solo à aquel Señor, que tiene en su mano la muerte, y la vida! Confiad ahora en Principes, poned vuestras esperanzas en Monarcas de la tierra, que por grandes que sean, son hombres, y jamás hallereis en ellos la salud: *Nolite considerare in Principibus, in filiis hominum, in quibus non est salus.* Ahora, pues, pregunto: ¿Faltó aquí el amor? No, que era aquel gran Privado del Emperador. ¿Faltó la liberalidad? No, que aquel Monarca era tan magnífico como grande. ¿Faltó la promesa? No, que fue palabra Real la que le aseguraba. ¿Faltó la misericordia? No, que estaba el Emperador lleno de compasion de aquella muerte. ¿Pues qué faltó? El poder, el poder. No pudo, por mas que quiso. La misericordia, las promesas, la liberalidad, la misericordia, sin el poder, nada valen, y nada sirven.

Yá, pues, oyentes míos, todas las perfecciones, que concurren à formar el inmenso abismo de la Divina Bondad, todas nos están haciendo una amable violencia, para que pongamos en Dios toda nuestra esperanza, no por algun solo bien particular, sino para que esperemos de él todos los bienes de la naturaleza, de gracia, y de gloria. Su amor nos incita, su liberalidad nos convida, sus promesas nos aseguran, su misericordia nos alienta, y su inmensa bondad nos abre las puertas, nos solicita, nos busca, nos llama; pero si junto con todas estas perfecciones, no hubiera en Dios un poder infinito para executar sus promesas; todavia no quedaria segura nuestra esperanza. Pues por eso el Catecismo nos dice con Santo Thomás: que la Omnipotencia de Dios es la principal razon, que dá eterna seguridad à nuestra esperanza. *Que esperemos en Dios como en poder infinito.* (D. Th. 2. 2. q. 17. art. 9. & in disc. 9. de Spec. n. 1. & 4.) Yo bien sé quien es aquel Dios en quien creo, dice San Pablo, bien sé qual es su amor, qual su liberalidad, qual su misericordia, quales sus promesas. *Scio cui credidi.* Todo eso me alienta; pero además de todo eso estoy cierto, estoy seguro, & certus sum. ¿De qué estás tan seguro, Santo Apóstol? Yá lo dice: *Quia potens est depositum meum servare:* estoy cierto, porque además de sus promesas, es infinitamente poderoso para cumplirme su palabra.

Pues atiende ahora, nos dice S. Bernardo (D. Bern. Serm. 9. in Ps. Qui habitat.) Mira si à Dios le es alguna cosa imposible; mira si alguna cosa

le es difícil; y si lo hallas, yo te doy licencia para que pongas en otro la esperanza: *Si quid illi impossibile, quid vel difficile est, quare alium, in quo speres.* Pues si no lo hay, ni lo puede haver, ¿por qué no arrojamos nuestra confianza toda solo en los brazos de aquel, que con razon se llama Dios de la Esperanza? *Deus Spei* lo apellida S. Pablo: Dios de la Esperanza: (Ad Rom. 16. v. 13.) porque à la esperanza del pobre es todo Dios para el fcorro: à la esperanza del afligido, es todo Dios para el consuelo: à la esperanza del tentado, del combatido, del desamparado, es todo Dios para la defensa, para la proteccion, para el ampáro, Dios todo de la Esperanza, *Deus Spei.* Y yá, Fieles, si toda la Omnipotencia de Dios es la medida de nuestra esperanza, si à la tierra fiamos la semilla, al mar la hacienda, à los temporales los frutos, à los correspondientes las pagas; ¿cómo à Dios no le fiaremos nuestras esperanzas? Fia un hombre à otro la hacienda, y con una Escritura que le hace de obligacion, queda muy seguro de que le pagará al plazo. ¿Quántas Escrituras nos ha hecho Dios? dice S. Chrysologo: y no havrá quien quiera tener à Dios por deudor de sus esperanzas? *Homo homini exigua chartula obligatione confringitur: Deus tot, ac tantis voluminibus caret, & tamen debitor non tenebitur.* (Chrys. Serm. 25.) Poner la esperanza en los hombres, es locura, que al mejor tiempo faltan en la salud, es necedad, que en un dia se postra: en las riquezas, es error, que à un volver de cabeza se desvanecen: en los amigos, es engaño: ¿quántas veces, ò porque no quieren, nos burlan, ò porque no pueden, con unas dulces palabras nos dejan.

Celebralo San Agustín con un gracioso chiste. Dos amigos, dice, iban paseándose una noche, y quando mas divertidos, uno de ellos cayó en un pozo: al golpe, à las voces, y à la desgraciada caída acude el otro, y viendole batallar con las aguas, que yá le iban ahogando, y con el aturdimiento, que casi lo tenia sin sentido, mientras aquel bregaba en el fondo, éste desde el borde le decia muy compadecido: ¿Amigo de mi alma, cómo fue esto? Cómo te caíste aquí? Respondióle el otro entre ahogado, y colérico: Amigo, sacadme primero del pozo, que despues yo os contaré cómo fue la caída. ¡Oh lo que hay de esto! Veréis muchos muy condolidos preguntones de la desgracia, y de la necesidad del amigo, sí, buenas palabras; pero darle la mano para que salga del ahogo, de la necesidad, ò de la pobreza, que raros! En Dios, en Dios han de estar nuestras esperanzas.

Yá, Padre; pero es forzoso esperar en los hombres; porque si no, se acabára todo el comercio humano: es necesario esperar en nuestra diligencia, en nuestro cuidado, en nuestra maña, porque fiarlo todo de Dios, tambien fuera tentar à Dios, y pedir sin necesidad milagros. Es así, no lo niego. Pregunta Santo Thomás: (2. 2. q. 17. art. 4.) ¿Si puede alguno licitamente esperar en los hombres? Porque allá, dice Dios por Jeremías, que sea maldito el hombre que espera, y confia en otro hom-

bre: *Maledictus homo, qui confidit homine.* (Hier. 17.) Pero responde el Maestro de los Theólogos, que si el esperar en la ayuda, en el favor, en la correspondencia de otro hombre, lo hacemos sin quitar de Dios la principal confianza; si solo esperamos en otro hombre, no como en nuestro fin, sino solo como en un instrumento, como en un medio para conseguir, esto no sería incurrir maldicion de Dios. Lo mismo digo de la industria, el trabajo, la maña: pongase, pongase; pero sea de modo, que al poner nosotros la diligencia, pongamos luego en Dios toda la confianza: que sin Dios nada valen las diligencias, las fatigas, y todas las industrias. Havia en no sé qué Lugar dos Oficiales de un mismo oficio: el uno solo con su muger, y sin mas hijos, ni familia; el otro cargado de muger, hijos, y obligaciones; y con todo, siendo iguales en el trabajo, y tan desiguales en los gastos, aquel que mas gastaba, mas tenia sus hijos y muger lucidos; su casa con decencia, y todo sin que se reconociese falta: por el contrario el otro, no cesando en el trabajo, no salía de laceria. ¡Valgame Dios, qué desdicha será esta mia! ¿Dónde hallais el dinero? le dixo à su vecino: Mirad, le responde: por la mañana estad prevenido, que yo os llevaré donde lo hallo. (P. Faya pal. 25. ex 55.) Muy contento quedó aquel; y desconfío de la mañana, pensando hallar algun sitio, donde estuviese à granel el dinero. Vino yá por él el vecino, llevólo à la Iglesia, oyeron Misa, y sin hablarle mas palabra volvió à su casa. Ea, mañana volveré. Pensó aquel, que sin duda havia algun embarazo. ¿Qué se ha de hacer? Será mañana: Volvió puntual el otro, llevólo à la Iglesia, oyeron Misa, y sin decirle mas, dexólo en su casa. Esto parece cantaleta. A la siguiente mañana volvía el otro, y dixole éste muy enfadado: Yo no he menester quien me lleve à Misa; lo que os pedí fue, que me llevarais donde hallais el dinero. Pues ahí os llevo, le respondió: Sabed, que yo jamás me pongo à trabajar, sin haver primero oído Misa, y en ella le pido à Dios con toda confianza, que mire por mí, y mis obligaciones, y para su servicio me dé buen logro de mi trabajo. Esto hago todos los dias, y el efecto yo lo veo, y yo mismo no sé cómo es; ello me sobra todo: mirad ahora si quereis hacer lo mismo. Hizolo aquel, y en pocos dias empezó à gozar en su casa la misma felicidad. ¡Ah, Fieles! Oh, quántos se quexan de que todo les sale mal, que todo se les desaparece entre las manos: si no tienen à Dios, ¿qué han de tener? ¡Oh, Señor, que no ceto en mis fatigas: sea así; pero si son sin Dios, esas fatigas no sirven. Hacer las diligencias como si no hubiera Dios; pero acudir luego con toda la confianza à Dios como si no hubiera diligencia. ¿No puedes yá mas? No alcanzas yá mas? Pues ahora sí que entra la de Dios: Pon en su Magestad tu esperanza fixa, y segura; y en ella es tal, digo, que es imposible que Dios te falte. ¡Oh, lo que dixera de esto en exemplos de la Escritura! pero vaya acá nuestro exemplo.

Cuenta S. Gregorio el Grande, (S. Greg. l. 3. Dialog. cap. 36.) que navegando por el Mar Adriatico San Maximiano, Obispo de Zaragoza de Sicilia la vuelta de Roma, iban en su compañía otros muchos navegantes, y en lo mejor del viaje, he aquí lo peor del mar: una tempestad tan fiera, que à pocas horas del tormentoso temporal, perdido yá el timon, (es lo ordinario) desarbola-dos, y sin velas, aún era lo menos, porque à los fieros golpes sacudido el vagel, hendido por mil partes, hacía yá tanta agua, que dentro del buque anegados, no miraban ya la muerte vecina, sino presente. ¿Quáles serían los clamores, cuáles las ansias, no yá por el socorro que no esperaban, sino por el horror de la muerte que yá veían? Pero à todo el Santo Obispo clamaba mejor dentro de su corazon; echada en Dios entonces mas segura toda el ancla de su esperanza. Yá todo el Navio se iba al profundo, quando la esperanza del Santo Obispo volaba todavia segura al Cielo. ¡Oh, Señor, aquí de la obligacion à que se empeñó tu piedad: el no haver yá remedio, es el mayor empeño de tu omnipotente brazo. Así fue con todo un tropel de prodigios: porque de aquella fuerte el Navio todo anegado, sin gobernarle, desarbola-do, y sin velas, fue corriendo su derrota, fue navegando un día, y otro: por horas esperaban la muerte, y por instantes experimentaban los prodigios. Navegaron ocho dias enteros, hasta que llegaron al puerto de su viaje: fueron saltando todos; ¿quál seria su regocijo? El ultimo saltó S. Maximiano, y al instante mismo que saltó en tierra, yendose à pique el Navio, les dixo con eso, que el Navio mas seguro que los havia traído, era el de la Esperanza. ¡Oh, y si en este navegáramos todos el undoso mar de este mundo, donde en nada, sino en la esperanza fixa en Dios, puede tener seguridad nuestro camino! Nos combaten las olas de la pobreza, las inconstancias de la fortuna, los temporales de tribulaciones, los escollos de desventuras, y toda la tormenta de la vida, ò toda nuestra vida, que es tormenta: pues en Dios, en Dios la esperanza, y así llegaremos à ganar el Puerto de la Gloria.

PLATICA XIX.

QUE LA VERDADERA ESPERANZA es la que junta con la seguridad de parte de Dios el continuo temor de nuestra propria flaqueza.

A 24. de Agosto de 1690.

Como para remontar ligera hasta el Cielo sus vuelos ha menester una ave entrambas alas, porque una ala sola bastando para el embarazo, no alcanza para el vuelo; así nuestra esperanza, si

se ha de remontar mas allá de los Cielos hasta la misma vista de Dios, ha de ser entre las dos alas de la seguridad, y el temor; porque si la seguridad sola pudiera ocasionar algun descuido, el temor, asistiendola siempre, no dexa dormir al cuidado; y si solo el temor pudiera desmayar los alientos de conseguir la seguridad, le ponga ánimo para batallar. Preciabase delante de Scipion un Soldado Romano de que tenia un escudo, no solo en la labor, y arteificio bien gravado, y pulido, sino tambien en lo fornido, y bien templado, impenetrable à los dardos enemigos. Muy bueno es tu escudo, le respondió Scipion; pero un Soldado Romano no ha de poner la confianza solo en el escudo, que lo defiende, sino tambien en la otra mano, que maneja con brio la cuchilla. ¡Oh, cuánto mejor dixerà à nuestro intento: un Soldado Christiano, que ha de escalar con la Esperanza el Cielo, no ha de fiar solo de la mano que lo asegura; no ha de contentarse con la seguridad que le dá el escudo de la Esperanza; ha de mover tambien sin cesar la otra mano, si quiere lograr con la victoria la deseada corona! Esa es la distincion de la Esperanza, segun el Maestro de las Sentencias, à quien siguen con Santo Thomàs los Theólogos. Esperanza dice: *Est expectatio certa futura beatitudinis, proveniens ex gratia Dei, & meritis nostris.* (Magis. in 3. dist. 26. D. Thom. 2. 2. q. 18. art. 4.) Es un esperar con certidumbre la verdadera bienaventuranza, que hemos de conseguir por la gracia de Dios, y por nuestros meritos.

Yá, pues, oyentes míos, entramos hoy à ver cómo ha de ser nuestra Esperanza. Vimos yá, que es lo que esperamos la bienaventuranza, y para ella todos los medios necesarios: vimos yá de quien por cuya mano, en quien lo esperamos: en Dios, que sobre un amor, una verdad, una liberalidad, y misericordia infinita, es tambien infinitamente poderoso. Restanos saber de parte de nosotros, ¿cómo hemos de esperar? Eso es lo mismo que pregunta el Catecismo. Háme dicho, que lo que esperamos es la bienaventuranza. Pero esta bienaventuranza, preguntó yo ahora: ¿Con qué medios se alcanza? R. Con la gracia de Dios, y meritos de Jesu-Christo nuestro Señor, y nuestras buenas obras. He aquí, pues, las dos alas con que la Esperanza vuela hasta el Cielo, y he aquí las dos manos con que la Esperanza batalla hasta conseguir la corona: la una la mano de Dios, que no cesa de darnos su gracia, y la otra nuestra propria mano, que ha de cooperar con las buenas obras, correspondiendo à sus auxilios. Ni Dios por sí solo lo quiere hacer todo, ni nosotros solos sin Dios pudieramos hacer nada. Por eso, pues, pone Dios la gracia, y el auxilio, y con él ayudados nosotros, hemos de poner la cooperacion, quiero decir las obras buenas. Yá, pues, de aquí nacen en la verdadera Esperanza juntos la seguridad, y el temor. La seguridad, de que de parte de Dios jamás nos faltarán los medios necesarios por su infinita misericordia; pero esa seguridad mez-

clada con un continuo temor de nuestra flaqueza, de nuestras malas inclinaciones, y de nuestros perversos apetitos, que no sabemos si nuestro libre alvedrio, arrastado de ellos, despreciando los llamamientos Divinos, no haciendo caso de los Divinos auxilios, nos irá precipitando en los pecados, hasta que en aquellos, cogiendonos la muerte, nos precipite en el Infierno: *Cum timore, & tremore*, nos dice por esto el Apóstol, *cum timore, & tremore vestram salutem operamini*. Con temor, y temblor haveis de obrar vuestra salud. Este temor santo ha sido el que espoleando siempre à los justos, los ha hecho acaudalar virtudes, y méritos, que gozan en la gloria: y por el contrario la seguridad desnuda del temor, es la que engañando siempre à los pecadores, los ha arrojado en el infierno: *Formidare debent*, nos dice el Sacro Santo Concilio de Trento, *formidare debent scientes, quod in spem gloriae, & nondum in gloria renati sunt.* (Conc. Trid. ses. 6. c. 13.) Fieles, Fieles, la esperanza de la gloria, esa es la que tenemos, la posesion de la gloria no la hemos alcanzado. ¿Y quién sabe de los presentes, si la terrible batalla con el Demonio, con el Mundo, y la Carne, dexandose llevar de su apetito, despreciando los Divinos auxilios, obstinandose à las Divinas inspiraciones, nos cogerá en pecado mortal aquel amargo punto de la muerte? ¡Oh, Dios! Aquí es donde tiemblan, y se estremecen las mas firmes Columnas del Cielo: aquí se sacuden los mas altos Cedros del Libano: aquí donde encorbados gimen los mayores Gigantes de la Santidad.

No es, pues, la certidumbre de la esperanza, como la certidumbre de la Fé; porque ésta es del todo segura por todas partes, cierta, è infalible. ¿Por qué? Porque toda la certidumbre de la Fé está de parte de Dios, que es quien nos dice las verdades que creemos; y así, por ningun lado puede faltar. Mas la certidumbre de la esperanza, no solo está de parte de Dios, por donde jamás puede faltar, sino que envuelve nuestra cooperacion, nuestras buenas obras, nuestros méritos. Y por este lado, ¡oh, qué peligro hay de que nuestro alvedrio, y nuestra misma voluntad nos condene! De parte de Dios una certidumbre tan firme, que en ella hemos de tener total seguridad; pero de parte de nosotros una flaqueza tan débil, tan caediza, que nos ha de tener siempre en un temor continuo. Pues, Padre, ¿cómo pueden juntarse acerca de una misma cosa, seguridad total de conseguirla, y temor continuo de perderla? Preguntais bien, y yo os lo responderé con S. Pablo. Ponen al fin de la carrera el premio para el que lo alcanzare corriendo: el premio está seguro, está cierto, no hay duda; ¿mas para quién está cierto? Para el que corriere. ¿Pues qué se figure de aquí? Correr, correr, cierto, y seguro de que hallaré el premio; pero temeroso de que lo perderé, si no corro: *Ego igitur sic curro non quasi in incertum*. Pues así corro yo, dice el Apóstol, no à cosa incierta, no, que la tengo segura: *Non quasi in incertum*. Pero no escó de correr con las buenas obras, porque el

temor de que he de perder aquel premio, si me páro, espóla, alienta, y aviva mi esperanza.

Pero he aquí dos extremos peligrosos, que debe evitar la esperanza. El uno, si el temor es tan nimio, que olvida la seguridad, cae en desconfianza, y se puede precipitar en una lastimosa desesperacion. Por aquí peligran los que de desconfiados son can-sadamente elcrupulosos; los que muy llenos de su amor propio, nada confiados en Dios, continuamente traen en su corazon levantados cadahallos, cuchillos, hórças; y nada miran sino rigores, venganzas, justicias, sin acordarse que hay en Dios un amor de Padre para los que le aman, y una misericordia infinita para los que le buscan. El otro extremo es, si la seguridad es nimia, de modo, que olvida el temor, dá en una temeridad loca, en una presuncion necia; que engañando las almas, las condena: por aquí corren precipitados al infierno los rematadamente pecadores. Uno, y otro es peligroso, pero mayor el de la presuncion, que no haciendo caso de sus culpas, muy locamente se asegura. Sucede en las heridas del alma lo que en las del cuerpo. En éstas, si la herida se hincha mucho, es peligrosa, dice el antiguo Médico Celso; pero si nada, nada se hincha, es peligrosissima: *Nimis intumescere vulnus periculosum; nihil intumescere periculosissimum.* (Cels. l. 5. c. 26.) Peligro tiene el que cargando mucho hácia el temor con alboroto, è inquietud, olvida la seguridad, peligro tiene; pero el que cargandose todo à la seguridad, olvida el temor, y teniendo heridas terribles no hace caso con una loca presuncion, está en estado peligrosissimo.

Oh, Padre (me dice yá una alma escrupulosa) que vivo en unas congoxas, en unas aflicciones terribles, si me condenaré. ¿Padre, si me condenare? A ésta no le respondo yo por ahora, sino con repetirle las formales palabras de ese librito de oro de Contemptus mundi. (Kemp. de Imit. Christ. l. 2. c. 25.) Son estas: Como uno tuviese muy congoxado, y entre la esperanza, y el temor dudase muchas veces; una vez, cargado de tibieza, se arrojó delante de un Altar en la Iglesia para rezar, y revolviendo en su corazon varias cosas, dixo: Oh, si supiese yo, que havia de perseverar! Y luego oyó en lo interior la Divina respuesta. ¿Qué harías, si esto supieses? Haz ahora lo que entonces harías, y estarás seguro. Y al punto consolado, y confortado, se ofreció à la Divina voluntad. Alma timida, alma desconfiada, ¿dónde has olvidado las promesas de tu Dios? ¿Dudas? Te estremeces? Tiembblas? Pues vete cada dia asegurando mas, y mas con ir haciendo buenas obras. Así te promete la seguridad mi P. S. Pedro: *Magis satagite, ut per bona opera certam vestram vocationem, & electionem faciatis.* Yá, Padre, yá procuro hacerlas, pero me parece que no merezco en ellas: Unas comuniones tan tibias, un rezo tan sin devocion, tan poco fervor como siento! ¿Pues qué he de merecer? ¿Qué ignorancia! Esa es muy peligrosa tentacion, con que quiere el demonio que las dexes. Obra tú, y fia de Dios, que es tan buen pagador,